

El retrato

Anamari Gomis / Facultad de Filosofía y Letras *

1948. Lo firma un pintor inglés de nombre Mason o Madison; el color turbio de los hombros hace que se pierdan las letras entre el claroscuro. El cuadro está solo en la blanca pared de ese lado que tiene la sala, y contrasta con los demás muros cubiertos de litografías y grabados; además forma parte de los óleos que allí hay. Por las ventanas entra el olor a tianguis de los lunes. Olor a indio, a años. Los últimos rayos de luz son fantasmas en los cristales; así la ley de la refracción pierde su sentido físico y crea un ambiente etéreo. El gato, entonces, se siente felino mayor, se agazapa como un tigre debajo de la mesa y acecha... para dormirse luego. A la jarra de vidrio la han vuelto a llenar de limonada y los vasos, a su alrededor, permanecen limpios y secos. Afuera va el mercado disminuyendo su densidad y la calle haciéndose menos ruidosa y agobiante.

El retrato de la mujer es grande, de factura académica, en verdes y negros.

En el jardín, las bugambilias, que están enlazadas cerca de la barda alta, han despedido a los chupamirtos, y las frutas del duraznero se han escondido entre las ramas.

Aquel día comimos los melocotones y chupamos sus huesos hasta pulirlos con los dientes. El perro nos ladró hasta cansarse. Después estuvo impasible cuando pasamos cerca de él al subir a la colinita.

La casa de atrás está arriba de la pequeña cima y nunca se la acabó de construir. Caído el repellado, las paredes se quedaron en ladrillos; los techos no se resanaron y comienzan a resquebrajarse. Hay frío y humedad. Nadie habita el inmueble. En el último piso están el sofá, los sillones y la mesa que la hermana de Magda dejó antes de irse a la ciudad; y de las puertas cuelgan las llaves para sus cerraduras oxidadas. Aquí es donde está el gran ventanal, desde el cual se dominan mil horizontes.

Esa vez estuvimos un largo rato mirando las montañas. Abajo se veían el jardín y el portalón de entrada que estaba abierto. El retrato de la mujer nos contemplaba. Gerardo nos habló y nosotros le escuchamos. Después conversamos hasta enronquecer y chocamos los dedos de nuestras manos tantas veces que las pieles se nos pusieron rojas. El beso se dibujaba, entonces, en las tres bocas y luego se ahogaba en las palabras y en el eco del edificio.

Pasa por la puerta un camino empedrado y en subida. En los intersticios de las piedras hay siempre manchas de aceite; son de los coches estacionados junto a las macetas. Doña Eulalia se pone furiosa cuando a veces los frenos fallan y las ruedas rompen los tiestos.

Nosotros no vimos los carros ni las macetas rotas. Y en aquel lugar, que tendría que ver con algún rincón del infinito, en el cuarto con muebles fríos, conquistamos las montañas que están detrás de los cristales y nos convertimos en dioses. Quizá, en 1948, un pintor llamado Mason o Madison y una mujer aficionada al olor a tianguis de los lunes se habían hecho también dueños de aquellos panoramas más allá de los puestos indígenas y del murmullo.

En la otra casa, el gato empieza a despertarse y los vasos a llenarse de limonada.

* Del curso del profesor Héctor Valdés: *Introducción a las investigaciones literarias*.